

I LOVE YOU

João Galante . Ana Borralho 24 a 31 de Junho



AIBR
Revista de Antropología
Iberoamericana
www.aibr.org
Volumen 18
Número 2
Mayo - Agosto 2023
Pp. 359 - 387

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.
ISSN: 1695-9752
E-ISSN: 1578-9705

Itinerarios de conciliación corporal a través de la sexualidad y el placer: un análisis de narrativas de jóvenes trans

Luis Puche Cabezas
Universidad de Málaga
luis.puche@uma.es

Recibido: 07.06.2020
Aceptado: 09.05.2021
DOI: 10.111156/aibr.180208

RESUMEN

La patologización de la transexualidad y las retóricas del «cuerpo equivocado» que se asocian a ella, en el marco de un sistema sexo/género dicotómico y jerárquico, condicionan fuertemente la manera en la que las personas trans (transexuales, transgénero) se piensan a sí mismas y orientan sus prácticas corporales y sus sexualidades. Sin embargo, pese a que las restricciones normativas del modelo quirúrgico de transexualidad siguen marcando las vidas de muchas personas jóvenes, cuando nos aproximamos a sus narrativas sexoafectivas emergen formas novedosas y emancipadoras de habitar la sexualidad, la corporalidad y el deseo. Vivencias que ponen en cuestión la inevitabilidad de la disforia; que impugnan los patrones hegemónicos de construcción de la (hetero)sexualidad y del género (especialmente de la masculinidad); y que niegan la presunción de indeseabilidad que se atribuye con frecuencia a los cuerpos trans. Los discursos que se analizan en este artículo provienen de entrevistas mantenidas con personas jóvenes autoidentificadas como *trans* en el marco de una investigación etnográfica realizada en el Estado español.

PALABRAS CLAVE

Transexualidad, juventud, disforia de género, sexualidad, placer.

***ITINERARIES OF BODY CONCILIATION THROUGH SEXUALITY AND PLEASURE:
AN ANALYSIS OF TRANS YOUTH NARRATIVES***

ABSTRACT

The pathologization of transsexuality and the rhetoric of the “wrong body” associated with it, within the framework of a dichotomous and hierarchical sex / gender system, have strongly conditioned the way in which people who identify as trans (transsexual, transgender) think about themselves and guide their bodily practices and their sexualities. However, despite the normative restrictions of the surgical model of transsexuality continue to mark the lives of many young transgender people, when we approach their sex-affective narratives, emancipatory ways of inhabiting sexuality, corporality and desire emerge. These are experiences that call into question the inevitability of dysphoria; that challenge the hegemonic patterns of construction of (hetero)sexuality and gender, especially of masculinity; and that deny the presumption of undesirability that is often attributed to trans bodies. The discourses that are analyzed in this article come from interviews with young transgender people in the framework of an ethnographic research carried out in Spain.

KEYWORDS

Transgenderism, youth, gender dysphoria, sexuality, pleasure.

Agradecimientos

Gracias a Laura Muelas y a Miren Guilló por su invitación al panel del que nace este monográfico sobre el placer. A las compañeras que intervinieron en él, porque ensancharon la perspectiva desde la que he analizado el material etnográfico. Y, por supuesto, a las y los informantes, cuyas experiencias constituyen el corazón del artículo. Esta investigación se realizó en el marco del Programa FPU del Ministerio de Educación.

Introducción

La transexualidad, el transgenerismo y otras formas emergentes de habitar el género, a las que se suele hacer referencia bajo la fórmula paraguas de *realidades trans*, tienen en común que las personas que se incluyen en tales categorías rechazan el lugar social que se les asignó al nacer en función de su anatomía genital y cruzan las fronteras culturalmente establecidas para cada sexo (Stryker, 2008). Como señala Mas (2014: 17), a partir de ese elemento unificador, los itinerarios vitales y las adaptaciones sociales y corporales pueden ser múltiples: hay personas que siguen el tratamiento canónico (con hormonas y cirugías) para lograr una apariencia física congruente con el sexo/género con el que se identifican (estaríamos aquí ante la definición clásica de *transexualidad*); otras recurren a la hormonación y a algunas cirugías plásticas, pero conservan deliberadamente sus genitales de origen; y otras, además de sus genitales, mantienen parcial o totalmente sus caracteres sexuales secundarios, pudiendo presentar una apariencia que no se ajusta al estándar binario. Estas dos últimas opciones se situarían en lo que se nombra como *transgenerismo* en el contexto español, término que alude a una intervención sobre los marcadores sociales (el género) más que sobre los corporales. Desde esta perspectiva abarcadora, lo que caracteriza a las experiencias trans no es, por tanto, el tener una meta clara y unificada o seguir una forma determinada de transición entre sexos y géneros, sino el hecho de que desafían las fronteras socialmente impuestas con el objetivo de alejarse de un punto de partida no elegido (Stryker, 2008: 1).

Esta multiplicidad de itinerarios posibles aparece, sin embargo, fuertemente lastrada por el modelo quirúrgico hegemónico y por lo que Miquel Missé ha denominado el «paradigma del error» o las retóricas del «cuerpo equivocado» (Missé, 2013 y 2018); un marco interpretativo que ha asociado durante décadas, de forma automática, las vivencias trans con

la *disforia de género*¹ y el autorrechazo corporal. Este paradigma no es una mera retórica, sino que cuenta con instrumentos culturales, legales, burocráticos y biomédicos, entre otros, para perpetuarse y producir efectos sobre los cuerpos y sobre las percepciones subjetivas de los mismos. A juicio de Missé, se hace urgente reflexionar sobre la necesidad vivida por muchas personas trans, entre las que él se autoincluye, de modificar sus cuerpos (pensar sobre esta necesidad —subraya el sociólogo— no quiere decir cuestionarla). De lo que se trata —argumenta—, no es de condenar las operaciones o las terapias hormonales, que pueden ser vividas como la única salida realista y como una eficaz solución individual para el malestar, sino de identificar cuál es «*el origen del odio hacia nuestro cuerpo que nos ha llevado al quirófano*» y visibilizar otros referentes en torno a la vivencia trans. Referentes que sean capaces de contrarrestar los estereotipos dominantes de autodesprecio y devaluación corporal y que contribuyan a facilitar la salvaguardia de la integridad y la estima somáticas (Missé, 2013: 67 y 104).

Este artículo conecta con el llamado de Missé en la medida en la que busca presentar algunas experiencias de (re)conciliación corporal que están llevando a cabo jóvenes trans en el contexto español a partir de sus narrativas sobre la sexualidad y el deseo. Para ello, tras plantear un encuadre conceptual, epistemológico y metodológico, se reflexionará acerca de los procesos de patologización, normativización y violencia institucional que pesan sobre las personas trans y sobre el modo en el que todo ello se infiltra en su esfera íntima. Estos condicionamientos no solo afectan a la percepción subjetiva de los cuerpos, sino que inciden de manera directa en las relaciones sexoafectivas que se mantienen. Relaciones que tienen lugar en el contexto de una socialización sexista y heteronormativa que coloca a hombres y mujeres en posiciones jerarquizadas; que legitima determinadas prácticas sexuales, formas de amar y de desear, estigmatizando otras; y que construye como deseables tan solo algunos cuerpos, dando lugar a experiencias ambivalentes en las que la sexualidad y el deseo son negados, postergados o vividos de manera violenta y contradictoria. Sin embargo, como se abordará en los tres últimos apartados, estas constricciones no ahogan las posibilidades para innovar y construir vidas sexoafectivas placenteras que, sobre todo cuando están iluminadas por una conciencia feminista, son capaces de activar procesos de conciliación corporal, contradecir las lógicas del error y de la disforia obligatoria, y

1. De acuerdo con el manual diagnóstico DSM V, la *disforia de género* implicaría una marcada incongruencia entre el género asignado y el género experimentado/expresado por la persona, así como un sufrimiento o angustia asociado a esta circunstancia (APA, 2013: 453-454).

dibujar imaginarios corporales, relacionales, sexuales y de género que están resultando emancipadores para sus protagonistas.

Consideraciones conceptuales, epistemológicas y metodológicas

Siguiendo la estela de la creciente investigación feminista en torno al placer que se viene produciendo en los últimos años (Muelas, 2018), en este artículo se ha optado por analizar las vivencias trans desde el prisma de la sexualidad y el deseo con una doble motivación: por un lado, porque el análisis desde el placer nos puede ayudar a captar mejor el carácter emancipador de ciertas experiencias corporales; por otro, porque tal enfoque resulta útil como lente con la que acercarnos a procesos complejos en los que cuerpo, género y sexualidad aparecen estrechamente trenzados. Es importante aclarar, también, que en las páginas que siguen se abordará el placer de una forma restringida, puesto que se explorará fundamentalmente el campo de la sexualidad compartida (por dos personas) en la intimidad, lo que no es sino una pequeña parcela de aquello que podemos conceptualizar como *placer* en las vidas humanas. Quedan fuera del foco de este análisis, por razones de espacio y por las características del material etnográfico producido, las prácticas sexuales que no tienen lugar entre dos personas (las solitarias o las grupales), así como todas aquellas experiencias que, más allá de lo sexual, son fuente de placeres múltiples: la amistad, el cultivo intelectual, la contemplación, el juego, la creación, la experiencia estética, la acción política, la espiritualidad, el tiempo de ocio, las fiestas...

Junto al placer, resulta especialmente esclarecedora para los fines de este artículo la conceptualización de los «itinerarios corporales» realizada por Mari Luz Esteban (2004). Gracias a ella, es posible apresar analíticamente el carácter procesual y la movilidad de las trayectorias corporales individuales al tiempo que se explora la imbricación entre los distintos hilos que tejen a la persona: las representaciones y mandatos sociales, las experiencias biográficas, lo afectivo, lo corporal, lo íntimo, lo mental... Los itinerarios corporales conectan, a través del cuerpo, la acción colectiva e individual iluminando los procesos de reproducción social pero también las resistencias y los cambios:

Defino los itinerarios corporales como procesos vitales individuales pero que nos remiten siempre a un colectivo, que ocurren dentro de estructuras sociales concretas y en los que damos toda la centralidad a las acciones sociales de los sujetos, entendidas estas como prácticas corporales. El cuerpo es así entendido

como el lugar de la vivencia, el deseo, la reflexión, la resistencia, la contestación y el cambio social en diferentes encrucijadas económicas, políticas, sexuales, estéticas e intelectuales (Esteban, 2004: 54).

Para el trazado de los itinerarios que se presentan a continuación, se han tomado como base las narrativas recogidas en una investigación doctoral de carácter etnográfico sobre infancias y juventudes trans desarrollada en el Estado español entre los años 2013 y 2018 (Puche, 2018). El trabajo de campo se realizó en distintos puntos (peninsulares e insulares) de la geografía española y en contextos tanto rurales como urbanos. En el curso de la investigación se llevaron a cabo entrevistas en profundidad, observación participante y técnicas de investigación cuantitativa. En lo que respecta a las entrevistas, que son las que se explotan aquí, se realizaron 42 y la mitad de ellas (21) consistieron en conversaciones individuales con jóvenes de entre 16 y 25 años que se identificaban como trans: ocho chicas y trece chicos². Aunque en este artículo se hace sobre todo referencia a estas entrevistas, también se consideran las mantenidas con madres y padres de personas identificadas como trans (16). A partir de todas ellas se tuvo acceso, en total, a 33 casos de niños, niñas y jóvenes. El resto de las entrevistas fue realizado a personas activistas y a profesorado. Hay que aclarar en este punto que la muestra solo incluyó a personas que se identificaban en términos dicotómicos, es decir, o bien como varones o bien como mujeres, por lo que en este artículo no se contemplan de manera específica realidades emergentes como las de las personas que se definen como *no-binarias* o *agénero*. No obstante, como se verá en el último apartado, algunos de los informantes sí que cuestionaron el binarismo y plantearon una concepción y una vivencia del género en términos cercanos a la teoría *queer*.

Como se ha venido señalando, el objeto de este artículo es el análisis de las narrativas de las personas entrevistadas. Pese a que trabajar únicamente en torno a discursos podría ser reprochable desde un punto de vista etnográfico, para el análisis que se presenta aquí esto no ha sido un mal menor o una opción secundaria. Los relatos de las personas entrevistadas han supuesto la única vía factible para conocer las experiencias y situaciones narradas, puesto que estas atañen a una esfera de la intimidad

2. A lo largo de la escritura de este texto se ha respetado siempre el género reivindicado por cada una de las personas que aparecen representadas en él: así, cuando se habla de chicas o mujeres trans, se está haciendo referencia a personas que fueron consideradas varones al nacer en base a su anatomía genital pero que se viven y nombran en femenino; cuando se habla de chicos u hombres trans, se trata de personas asignadas como mujeres al nacer que se identifican como varones o en masculino. Todos los nombres propios que se utilizan en este artículo son ficticios.

a la que habría resultado imposible acceder de otro modo. Es por ello por lo que las narrativas recopiladas nos abren una ventana hacia dimensiones de la experiencia que permanecen habitualmente veladas, ocultas para la investigación.

Desde un punto de vista construccionista y sociocultural, las narrativas constituyen un lugar de «*acceso privilegiado a los procesos de construcción subjetiva, visibilizando las condiciones estructurales y coyunturales en las que se encuentran inmersos los sujetos, a la vez que su reflexividad al respecto*» (Alameda, 2015: 307). Siguiendo a Gergen (2007: 158), las narraciones están histórica y culturalmente situadas y «*son subproductos de los esfuerzos que la gente lleva a cabo para relacionarse a través del discurso*»; por lo que todo proceso narrativo es relacional y las identidades narradas dependen siempre de una red mayor de identidades recíprocas (Gergen, 2007: 180-182). La sexualidad no es en modo alguno ajena a estos procesos discursivos, dado que se moldea a partir de «*las historias que otras personas cuentan sobre nosotros/as y que nosotros/as contamos sobre nosotros/as mismos, y a partir también del contexto social en el que estamos inmersos/as, así como de las formas en las que navegamos y nos relacionamos con nuestro cuerpo*» (Sinclair-Palm, 2018: 262, traducción propia). Los discursos, desde esta perspectiva, se entrelazan con las prácticas, con las relaciones sociosexuales y con las experiencias somáticas; más aún, los discursos son acciones que tienen efectos materiales sobre las vidas de las personas y sobre los itinerarios por los que estas discurren: «*Hablar es, en sí mismo, un tipo de acto y los actos discursivos pueden tener consecuencias sociales muy poderosas*» (Holland y Quinn, en Pichardo, 2009a: 74). Como se verá, una parte importante de la potencialidad transformadora de las realidades que se recogen en este artículo tiene que ver, precisamente, con cómo se articulan discursivamente y se difunden en la esfera pública, aportando nuevos imaginarios compartidos sobre la sexualidad que se concretan en experiencias tangibles, palpables, de estima corporal.

La investigación de la que nace este artículo no contemplaba en su diseño originario unidades de análisis directamente relacionadas con las prácticas sexuales o con el placer. De acuerdo con Sinclair-Palm (2018), esta omisión de la sexualidad es recurrente en la mayoría de los estudios con los que contamos hasta la fecha sobre jóvenes trans —con escasas excepciones (Bungener, Steensma, Cohen-Kettenis y de Vries, 2017)— y admite varias explicaciones. En primer lugar, nos encontramos ante una literatura científica deficitaria aún debido a lo novedoso del fenómeno de autoidentificación trans por parte de la juventud, que se está acrecentando y acelerando en los últimos años. Por otra parte, aunque el *género* como

categoría de análisis está ineludiblemente presente en este corpus bibliográfico, lo habitual es que aparezca desconectado de la sexualidad y que se priorice el análisis de problemáticas de otro orden. Entre ellas, y sin ánimo de exhaustividad, se pueden destacar las siguientes: las discriminaciones padecidas por parte de niños, niñas y jóvenes, así como sus modos de agencia, afrontamiento y resiliencia (Gallardo y Espinosa, 2021; Platero, 2014a); las experiencias y desafíos propios de los ámbitos familiar, escolar y comunitario (Meyer y Pullen-Sansfaçon, 2014; Platero, 2014b; Puche, Moreno y Pichardo, 2013; Richard y Chamberland, 2014); los procesos de subjetivación y autorrepresentación identitaria (Raun, 2015); los marcos jurídicos (Ramón, 2017); y, desde luego, las cuestiones psico-médicas asociadas a la transexualidad juvenil (Katz-Wise, Ehrensaft, Vettters, Forcier y Austin, 2018; Modrego, Hurtado, Gómez, Sánchez, Salazar y Morillas, 2020; Pullen- Pullen-Sansfaçon, Temple-Newhook, Suerich-Gulick, Feder, Lawson, Ducharme, Ghosh, Holmes, y On behalf of the Stories of Gender-Affirming Care Team, 2019; Pyne, 2017). Estos focos de atención prioritaria habrían llevado, por omisión, a una cierta *desexualización* de la juventud trans en la literatura académica. A tal vacío investigador habría que sumar, por último, un hecho social que agrava el desconocimiento de estas realidades, y es el modo en el que las personas trans son leídas en términos estigmatizantes y/o patológicos, dibujándose sus cuerpos como indeseables (Sinclair-Palm, 2018: 272).

Pero volvamos a la investigación que da pie a este artículo y a mi propia posición como investigador, ya que así se podrá reconstruir mejor la génesis del análisis que aquí se ofrece. A medida que se desarrollaba el trabajo de campo, las experiencias relacionadas con la sexualidad fueron emergiendo en los relatos de vida de las personas con las que conversaba, de modo que cobraron relevancia también entre mis intereses analíticos. Fue la etnografía misma la que condujo la investigación desde unas pocas unidades de análisis inicialmente formuladas en negativo (Disforia y relaciones sexoafectivas; Desconexión del propio cuerpo), hacia otras que fueron emergiendo del material etnográfico y que han ido ampliando el horizonte hasta llegar a este artículo: Corporalidad y estima de sí; Vida afectiva y relaciones de pareja; Sexualidades emergentes; Orientación sexual y cuestionamiento de la heteronormatividad; Placer, deseo y conciliación corporal. Esta progresiva apertura a nuevos ejes de análisis es deudora en gran medida del tipo de entrevista que se practicó —orientada a la producción de relatos mucho más que a la formulación de preguntas— y del papel que desempeñaron en el proceso etnográfico las relaciones de confianza y la escucha atenta (Del Olmo, 2003). El cultivo de ambas hizo posible la verbalización y la captación de vivencias íntimas

que difícilmente habrían tenido lugar en un contexto de entrevista más formal o distanciado. En palabras de Teresa del Valle (2012: 4): «*La escucha atenta genera reflexión y es muchas veces catártica: nuevas preguntas, incertidumbres, inseguridades, curiosidades, hipótesis, suposiciones de distinta índole y de distinto calado, incomodidades*». Todo lo cual estimula la producción del conocimiento en el curso del trabajo etnográfico y ha estimulado de manera decisiva el análisis que se presenta en estas páginas.

Transexualidad, patologización y desconexión corporal

En nuestra sociedad, hasta fechas muy recientes, han sido las ciencias biopsicomédicas las que han tenido el monopolio explicativo de la transexualidad³ y de otras formas de diversidad sexogenérica. Las realidades trans han sido habitualmente concebidas como «trastornos» y «desórdenes» patológicos de la identidad (APA, 2000) o, tal y como se desarrolla en la quinta versión del *Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales* de la Asociación Americana de Psiquiatría, como una «incongruencia» entre el género asignado al nacer y el género experimentado o expresado, incongruencia que puede generar sufrimiento («disforia de género») y que necesita por ello ser diagnosticada para beneficiarse de un tratamiento que haga posible el bienestar y la plena integración social del individuo (APA, 2013: 451). Desde esta óptica, los esfuerzos se han centrado en hallar las mejores tecnologías médicas para tratar la transexualidad a nivel individual. En contraposición con este enfoque clínico predominante, desde la perspectiva antropológica que aquí se adopta se han concebido las realidades trans (al igual que las realidades *cis*)⁴ como en-

3. Fue el endocrinólogo Harry Benjamin quien acuñó por primera vez en 1953 el término «transexualidad», concepto que desarrollará un poco más tarde en una obra titulada *The Transsexual Phenomenon* (1966).

4. El prefijo *cis*, que está presente en palabras como *cissexualidad*, *cisnormatividad*, *cisgénero* y otras de reciente propagación, se utiliza para ponerle un nombre, una etiqueta, a la norma, aludiendo a «*aquellas personas para las cuales coinciden la identidad de género, su expresión de género y el sexo asignado en el nacimiento con las expectativas tradicionales sobre cómo han de ser los hombres y las mujeres*» (Platero, 2014b: 400). Se entiende, por tanto, que una persona *cis* es aquella que no es *trans*. Aunque por una cuestión de legibilidad y economía de escritura se utilizan en este texto las fórmulas *personas trans* y *personas cis*, se trata de una dicotomía problemática desde un punto de vista analítico que puede conducir fácilmente a la esencialización de los procesos de identificación de género. Por ello, lo *cis* y lo *trans* no deberían concebirse como entidades acabadas y opuestas, sino como una manera de aludir a identificaciones, procesos y situaciones sociales que pueden darse de forma variable, cambiante y no dicotomizada de un sujeto a otro y aun en el seno mismo de una trayectoria biográfica individual.

tidades socioculturales (Nieto, 2008), por lo que los análisis se han centrado no solo en torno a los individuos, sus cuerpos y sus psiques sino, particularmente, en la interacción de estos con las estructuras de significado y de organización social sexuada en las que se encuentran insertos, es decir, lo que conocemos como *sistema sexo/género* (Rubin, 1986).

Ortega, Romero y García-Dauder (2006), en su análisis de los presupuestos socioculturales en los que se apoya la biomedicina cuando interviene sobre los cuerpos y las identidades que cuestionan la matriz dicotómica de sexo/género (trans e intersexuales), ofrecen una síntesis de los fundamentos en los que se basa este sistema en el contexto occidental:

- 1) La dualidad sexual (sólo existen dos sexos excluyentes); 2) la monosexualidad (cada persona sólo puede tener un único sexo, asignado médicamente); 3) la necesidad de coherencia [entre] sexo, género y deseo heterosexual y, 4) la existencia de una única, constante e irreversible «identidad de género» (cuyo éxito depende de una anatomía externa aceptable o funcional, de una socialización adecuada y de un deseo heterosexual). El pánico al deseo homosexual, a la ambigüedad o al «quedarse a medias», entre los sexos, determinan igualmente las diferentes regulaciones (Ortega, Romero y García-Dauder, 2006).

La idea cultural de la *normalidad sexual* ha estado tradicionalmente ligada a esta prescripción de una correspondencia natural entre sexo, género y sexualidad, lo que ha conducido a la patologización de las *anomalías* y a un régimen de significados y de valoraciones sociales que desde los estudios gays, lésbicos y trans ha sido nombrado en términos de *heteronormatividad* y *cisnormatividad*, puesto que se funda en la idea de que lo normal, lo saludable y lo deseable es ser heterosexual y no ser trans. Por otra parte, tal y como se ha subrayado incansablemente desde el feminismo y los estudios de género, este sistema normativo que se presenta como neutral, por apelar a un fundamento biológico, actúa como justificación de la desigualdad entre hombres y mujeres. Por medio de la naturalización del género, se sustenta la ilusión colectiva de que las diferencias anatómicas y fisiológicas producen necesariamente desigualdades sociales, lo que constituye «uno de los mayores logros de un sistema de desigualdad que se legitima biologizando aquello que pertenece a la estructura social» (Maquieira, 2010: 154). Entender el sistema sexo/género como un sistema de desigualdad y no solo de diferenciación exige que sumemos un elemento más, transversal, al listado de principios señalados más arriba: el sexismo.

Entre los mecanismos de regulación que atañen a las personas trans en el marco de este sistema, encontramos los procedimientos biomédicos

de «reasignación sexual» (o «proceso transexualizador»⁵) y su correlato en los procedimientos jurídicos por medio de los cuales se permite (o no) el cambio del nombre y el sexo civil de las personas. Una mirada internacional hacia estas regulaciones nos muestra, de acuerdo con el último mapa de derechos trans elaborado por la organización Transgender Europe (TGEU, 2020), que al menos en 13 países de Europa y Asia Central la esterilización es una condición (explícita o implícita) para el cambio de los documentos de identidad; o que en 31 de ellos se requiere de un diagnóstico de salud mental. Los requisitos son distintos dependiendo de los países y de sus marcos jurídicos, y van variando con el tiempo, pero entre los más extendidos encontramos los siguientes: el diagnóstico de disforia de género; el seguimiento de terapias hormonales⁶; la necesidad de someterse a cirugías invasivas (vaginoplastia, faloplastia, mastectomía, histerectomía); la acreditación de haber vivido durante un tiempo determinado, y de forma pública, de acuerdo con el género que se reivindica como propio (lo que se conoce como *test de la vida real*); y no estar casado/a. Desde posiciones críticas con este entramado regulatorio de la transexualidad, se ha señalado que actúa como un dispositivo de disuasión y de estricto control de la movilidad entre géneros, además de como una vía de vuelta al orden para los desórdenes de género (Núñez, 2003). Se ha denunciado, también, que la medicalización obligatoria de aquellas personas trans que quieren modificar su documentación contraviene derechos humanos básicos (Suess, 2018) y que entraña formas específicas de violencia material y simbólica (Coll-Planas, 2010: 17).

Bien es cierto que muchas personas transexuales encuentran a día de hoy en el itinerario médico una experiencia liberadora, una respuesta a sus necesidades y una forma eficaz de acceso a la conciliación íntima y social; otras, sin embargo, ponen en cuestión la obligatoriedad de los

5. De acuerdo con Núñez (2003: 231), el conocido como «proceso transexualizador» previsto en ciertas regulaciones jurídicas y protocolos médicos habría constado habitualmente de distintas etapas que, en la práctica, se dan a menudo solapadas y no tienen por qué ir necesariamente en este orden estricto ni tienen por qué cumplirse todas (especialmente las quirúrgicas): 1) El diagnóstico por parte de un psicólogo o psiquiatra; 2) El tratamiento hormonal prescrito por el médico endocrino con el fin de intervenir sobre los caracteres sexuales secundarios: vello corporal, distribución adiposa y timbre de voz; 3) El cambio en el rol social (vestimenta, nombre, trato por parte del entorno); 4) Distintos tipos de cirugía: mamoplastia, histerectomía, mastectomía y cirugía de reasignación genital; 5) Cambio del sexo civil.

6. Este es el caso actualmente en España, donde la Ley 3/2007, de 15 de marzo, reguladora de la rectificación registral de la mención relativa al sexo de las personas exige la mayoría de edad, la nacionalidad española, un diagnóstico de disforia de género y un tratamiento médico de al menos dos años de duración para poder solicitar el cambio de nombre y sexo civil.

procedimientos médicos como condición para el acceso al cambio registral y reclaman la *despatologización* de las identidades trans al mismo tiempo que reivindican la cobertura pública de los procesos de modificación corporal (Araneta, 2013; Suess, 2018). Esta reivindicación de despatologización ha ido ganando terreno en los últimos años y se ha concretado, por ejemplo, en la introducción del conocido como principio de *autodeterminación del género* en la legislación de algunos países (Argentina, Malta o Portugal, entre otros) y de un buen número de comunidades autónomas españolas, que han ido legislando en sintonía con este principio desde el año 2014⁷. Esta innovación legal supone la eliminación del diagnóstico y de los tratamientos médicos como requisitos para el reconocimiento administrativo del nuevo estatus de género: en el caso de las leyes autonómicas españolas esto se restringe a sus ámbitos competenciales (educativo, sanitario, sociocomunitario, etc.); en el caso de las leyes de ámbito estatal de otros países, se aplica también a la modificación del nombre y el sexo registral. Sin embargo, el modelo anterior sigue siendo dominante.

Como resultado de tal marco de regulaciones culturales, legales, burocráticas y biomédicas, el paradigma del cuerpo equivocado (*corregible* quirúrgicamente) se ha impuesto en el sentido común como una evidencia y como una prescripción, condicionando con fuerza los modos de habitar el cuerpo de muchas personas y reforzando los procesos de disforia y desconexión corporal. Desde un punto de vista sociocultural y no clínico, estos malestares son susceptibles de ser leídos como realidades «socio-psico-somáticas» (Ware y Kleinman, 1992: 558) en la medida en la que nacen de la experiencia psicológica del propio cuerpo mediada por los valores y mandatos socioculturales dominantes. En las siguientes páginas, se abordan desde este prisma los efectos que ello conlleva sobre la intimidad sexual de los y las jóvenes trans.

La intimidad negada y la presunción de indeseabilidad

La autoestima corporal de muchos/as jóvenes trans que no se han sometido a tratamientos médicos, especialmente a cirugías, se fragiliza significativamente en el terreno de la intimidad sexual (Bungerer *et al.*, 2017). En esta esfera de la experiencia, en la que la desnudez compartida suele estar presente, emergen miedos, tensiones y reticencias que les llevan con frecuencia a clausurar la posibilidad de mantener relaciones íntimas has-

7. La primera de ellas fue Andalucía, con la Ley 2/2014, de 8 de julio, integral para la no discriminación por motivos de identidad de género y reconocimiento de los derechos de las personas transexuales de Andalucía.

ta que el tránsito corporal haya llegado a una fase avanzada o bien hasta encontrar a una persona extraordinariamente significativa que les permita relajarse y ganar confianza en este plano. La vergüenza, la incomodidad con una anatomía que no se corresponde con la autopercepción sexogénérica y el miedo al rechazo son recurrentes y pueden llegar a postergar *sine die* el desarrollo de una sexualidad compartida:

Yo me siento demasiado incómoda solo con pensarlo. No tendría relación con un chico sin estar operada, y no la he tenido. Me puedo besar con un chico, pero no puedo acostarme con él, porque estoy incómoda desnudándome delante de cualquier persona, demasiado incómoda como para tener una relación [...] Yo llevo toda la vida sin nadie, sin una persona que esté ahí, que me sienta deseada, que me sienta querida, yo eso no lo he tenido. Por una parte, me apena un poco, porque digo: joder, tengo 21 años, voy a cumplir 22 y nunca he tenido relación. Pero por otro lado pienso: es mejor que no lo haya tenido, porque no puedes añorar algo que nunca has tenido (Leila, 21 años).

En el caso de los varones trans entrevistados también encontramos relatos de renuncia sexual similares al de Leila y otras chicas: «*No he tenido relaciones, ni las he querido tener, la verdad. Ahora no me importaría [tener una relación afectiva] pero si hubiese surgido tener relaciones sexuales me habría negado, y me voy a negar ahora porque tengo bastante disforia en cuanto a mis genitales y no tengo ganas*» (Lucho, 18 años). Sin embargo, en general en ellos se percibe una actitud de mayor flexibilidad en cuanto a la posibilidad del disfrute sexual en pareja: «*O asumes lo que te ha tocado o te metes a cura, y no me llama demasiado la atención meterme a cura, lo siento...*» (Ander, 20 años). Esta flexibilidad suele ir acompañada de una reflexión consciente sobre los límites de las cirugías genitales (volveremos sobre ello más adelante) y tiene también que ver con experiencias menos traumáticas durante la adolescencia en el seno del grupo de pares, así como con una mayor apertura de las chicas *cis* —con las que a menudo comparten su intimidad— a explorar la sexualidad con menos prejuicios que los varones.

La experiencia diferencial de lo afectivo-sexual en los chicos y las chicas trans se puede relacionar con la construcción generizada del amor y el deseo en los procesos de socialización infantil y juvenil. Tal socialización se sigue caracterizando por ser heterosexista y por legitimar las relaciones de poder de los unos sobre las otras; al mismo tiempo, fomenta la especialización afectiva de las mujeres y las coloca, paradójicamente, en una posición de ventaja respecto a los varones a la hora de afrontar las complejidades de la sexualidad y el deseo (Coll-Planas, Bustamante y Missé, 2009: 101; Esteban, 2011: 83; Fernández, 2018). Esto explica que,

como veremos, las chicas trans que se definen como heterosexuales relatan a menudo más dificultades en sus vidas afectivosexuales, puesto que la socialización masculina de sus potenciales parejas se basa en gran medida en la puesta en práctica de los valores de la trans/homofobia⁸ y en el miedo al «contagio del estigma» (Pichardo, 2009b). No es infrecuente que para un varón cis heterosexual suponga una devaluación (una *homosexualización*) el hecho de que se le vea públicamente con una mujer trans, que es considerada por una parte de la sociedad como un varón femenino: «*Hay chicos que me han dicho que piensan que si están conmigo son gays. [...] Para los chicos es tan simple como: si no estás operada, no eres una chica*» (Leila). Sin embargo, esto no se da con tanta sistematicidad a la inversa, es decir, en el caso de las chicas cis que se relacionan con chicos trans. El fantasma de la homosexualidad pesa más sobre los varones que sobre las mujeres.

Otra cuestión recurrente tiene que ver con la asociación cultural que, en muy diversos contextos, tiende a establecerse entre lo masculino y lo activo, por una parte, y lo femenino y lo pasivo, por otra, dando lugar a un modelo polarizado de masculinidad/feminidad (y de heterosexualidad/homosexualidad) estrechamente relacionado con el papel que se desempeña en las prácticas sexuales coitales⁹. Bajo este marco interpretativo, la masculinidad heterosexual de los hombres que mantienen relaciones sexuales con mujeres transgénero no se vería tan comprometida (de cara a sí mismos y al grupo de pares) en tanto que ellos sean la parte «activa» de la relación sexual, es decir, quienes penetran. La persona penetrada, sin embargo, será automáticamente feminizada y por tanto devaluada. Esto explicaría, asimismo, el rechazo que manifiestan algunos varones trans ante la posibilidad de ser penetrados vaginalmente e incluso de ser acariciados en la zona genital, puesto que ello podría amenazar su masculini-

8. Utilizo la fórmula *trans/homofobia* para subrayar el habitual solapamiento que se da entre homofobia y transfobia en las situaciones discriminatorias que afectan a jóvenes trans (Richard y Chamberland, 2014), colocando en primer término la regulación de género (transfobia). Sigo en esto a Coll-Planas, Bustamante y Missé (2009: 19), que en su estudio pionero sobre jóvenes trans, lesbianas y gays en Cataluña señalaban que «*la transfobia —la vigilancia de la correspondencia sexo/género— resulta más extendida y está más directamente relacionada con el mantenimiento del sexismo que la homofobia, que regula la elección de la pareja sexual. De hecho, podemos considerar que la homofobia acaba siendo una de las expresiones de la transfobia, en el sentido de que una forma de atacar a alguien que no actúa según el género normativo (un chico afeminado o una chica masculina) es tildarlo de gai o de lesbiana — utilizando a menudo palabras más despectivas*».

9. Sirvan como ilustración de ello las investigaciones de Vartabedian (2012) y Rebutini (2013), llevadas a cabo en contextos etnográficos alejados entre sí y con temáticas dispares: el trabajo sexual ejercido por travestis brasileñas y el homoerotismo entre hombres en Marruecos.

dad. No hay que perder de vista en todo caso que, como señala Vartabedian (2012: 222), estos patrones no son un reflejo directo de las prácticas reales, sino más bien «*prescripciones acerca de los comportamientos sexuales que deben ser cumplidos en determinados contextos*», especialmente en la imagen que cada persona ofrece de sí misma en la vida pública. Al abrigo de la privacidad, tales prescripciones a menudo se desdibujan y dan lugar a exploraciones más fluidas y variadas del campo erótico capaces de romper con las dicotomías hegemónicas (Rebucini, 2013). No obstante, este esquema sexual tan polarizado puede operar violentamente también en la intimidad, como veremos a continuación en el caso de Delia.

Aunque cada vez hay más chicas trans que están desarrollando relaciones satisfactorias con varones que se identifican como heterosexuales (lo veremos en el siguiente apartado), es muy frecuente que sus relatos contengan pruebas evidentes de lo que Butler (1996: 114) ha denominado la «comedia heterosexual». Es decir, la mascarada que muchos varones construyen para apuntalar su masculinidad y ocultar un deseo que se escapa de los estrechos márgenes que impone la matriz heterosexual. Las narrativas de las chicas trans nos hablan de varones que les muestran en privado su deseo, que les hacen proposiciones sexuales e incluso mantienen relaciones íntimas con ellas, pero que en la esfera pública se distancian, las rechazan o las agreden. Delia, a sus 16 años, había vivido ya las suficientes experiencias de este tipo como para explicar con claridad la dinámica de su funcionamiento. Sus palabras ponen de manifiesto las bases de trans/homofobia sobre las que se edifica la sexualidad masculina hegemónica e ilustran la violencia sexual y social (en forma de acoso, agresión, cosificación y desprecio) a la que se enfrentan de forma continuada las mujeres transexuales en tanto que mujeres y en tanto que trans; vivencias en las que el placer está presente, pero en negativo:

Yo voy por la calle y pasan coches de niños y me ponen a parir, pero es que por detrás me han hablado por Whatsapp y me han pedido sexo. [...] Antes era muy dejada y teníamos relaciones, pero yo dije: No, porque yo no disfruto y los únicos que disfrutan son ellos. [...] Ellos quieren darte por detrás y ya está, y ellos a ti no te hacen nada para que tú tengas un orgasmo, entonces no, a mí el que quiera tener sexo conmigo que disfrutemos los dos, tanto él como yo. Yo no le pido que él me toque a mí ni que él me haga nada, yo también tengo maneras de llegar al orgasmo que no hace falta que... yo qué sé, yo a lo mejor con ponerme encima de un chico y estarnos besando, del roce yo ya puedo tener un orgasmo, pero si no es para disfrutar los dos yo no tengo relaciones. [...] Hay chicos buenos, yo tengo amigos heteros que son buenísimos y ya después hay otros que yo qué sé, te insultan pero por detrás te hablan, quieren acercarse a ti y no saben cómo, pero a la vez cuando estás delante de sus amigos: «*te veo y no te conozco*» (Delia, 16 años).

Esta lógica de atracción privada y desprecio público contra la que se rebela Delia es coherente con el éxito y el *morbo* que rodean a la prostitución trans en España (Mejía, 2006; Soley-Beltran, 2009: 385; Vartabedian, 2012) o con la creciente presencia *online* de pornografía protagonizada por mujeres y hombres trans que es consumida al abrigo de la intimidad mayoritariamente por varones autoidentificados como heterosexuales (Pezzutto y Comella, 2020; Vörös, 2015). Es frecuente escuchar en las narrativas de las chicas trans la idea de que se las considera deseables como compañeras sexuales pero no como parejas, puesto que la pareja suele implicar el carácter público de la unión y por tanto una aceptación por parte de los respectivos entornos sociales y familiares que las informantes consideran un obstáculo importante. La deseabilidad sexual aparece aquí desconectada de la deseabilidad afectiva según una lógica de doble moral atravesada por la dicotomía público/privado. Un doble juego que ocluye el reconocimiento generalizado, abierto, de las personas trans como sujetos deseados, sexual y afectivamente.

La presunción de indeseabilidad sexoafectiva a la que esto lleva ha aparecido, de hecho, y sin matices, como uno de los principales miedos de cara al futuro expresados por algunas de las madres entrevistadas: «*Me da mucho miedo todo el tema de las relaciones. Yo, sinceramente, pienso: ¿Quién va a querer estar con una mujer que realmente anatómicamente es un tío? Me cuesta mucho pensar que haya alguien tan sensible o que se enamore de la persona que hay detrás, que no le importe esa parte*» (Maribel). Y esta ha sido también la convicción de algunos chicos y chicas trans en el momento de iniciar sus procesos de transexualidad, una convicción con perniciosos efectos psicológicos: «*Yo antes me pasaba todas las noches llorando [...] La psiquiatra me tuvo que mandar una pastilla a consecuencia del [acoso que sufría en el] instituto y porque tenía un pequeño trauma al futuro: tenía miedo a no tener hijos, a no operarme, a no tener pareja*» (Ágata, 16 años).

Vínculos liberadores

El fantasma del ostracismo sexoafectivo se desvanece, sin embargo, cuando nos aproximamos a algunas historias de jóvenes que están protagonizando formas novedosas y emancipadoras de habitar la afectividad, la sexualidad, la corporalidad y el deseo. En este sentido, suele resultar clave el haber encontrado en algún momento de la biografía a personas que han considerado deseables sus cuerpos sin restricciones y que han decidido involucrarse con ellas en relaciones de pareja. Este fue el caso de Sandra, que junto a su primer novio pasó de una dolorosa negación de su condi-

ción trans (que llegaba a materializarse en daños físicos) a una vivencia más apacible del cuerpo y la sexualidad:

Yo antes de conocerle no me quería visibilizar como transexual, yo misma me lo negaba, no quería serlo. [...] Pero una vez que conocí al chico este pues dije: «*Es que hay gente que me puede querer siendo transexual*». [...] A mí me gustaría operarme en el momento oportuno, porque no estoy cómoda ni conforme [con mis genitales], pero sí pude aceptarlos [...] y pude disfrutar de la sexualidad de otro modo, sin usar la genitalidad sino de otras formas. [...] Pude confiar en él, pude estar desnuda delante de él, no hubo problema. A mí eso sí me ayudó un montón a quererme también. Antes me hacía daño, usaba esparadrapos [para ocultar los genitales] y me hacía un montón de daño, me arrancaba la piel, entonces gracias a él también me ayudó un montón a aceptarme (Sandra, 15 años).

Para algunas chicas y chicos trans han sido fundamentales las redes sociales virtuales como cauce para conocer allí a sus parejas. Las tecnologías de la comunicación a distancia y el juego estratégico entre lo presencial y lo virtual, pese a los riesgos y violencias específicas que pueblan los entornos virtuales (Benítez, 2016), han ofrecido protecciones para afrontar el momento de la salida del armario ante personas por las que se tiene un interés afectivo-sexual; momento que se vive como crítico y que multiplica el sentimiento de vulnerabilidad. Ágata, por ejemplo, conoció a su novio en Internet, lo cual le permitió explicarle de manera protegida su realidad corporal: relata que, aunque el chico no pareció tomarse del todo bien en un primer momento que ella fuera trans, terminaron iniciando una relación afectiva duradera. Tiempo después, él le ha pedido que no se opere, porque la desea exactamente con el cuerpo con el que la ha conocido, algo que ha supuesto un importante factor de tranquilidad y autoestima corporal para ella, aunque afirma que la cirugía genital le sigue pareciendo necesaria.

El carácter liberador de este modelo de *sexualidad conyugal* (Bozon, 2013) radica en el reconocimiento mutuo de la identificación de género de cada miembro de la pareja, y en la posibilidad de explorar e inventar conjuntamente una sexualidad para la que aún no existen modelos ni referentes compartidos. Señala Bozon que los deseos y las relaciones sexuales necesitan no solo de una implicación por parte de los actores que las ponen en práctica, sino también de «*improvisaciones personales e interpersonales complejas que se elaboran a partir de experiencias vividas y de representaciones culturales*» (Bozon, 2013: 89). En el caso de las sexualidades trans, este nivel de las improvisaciones personales e interpersonales cobra una importancia fundamental debido a la escasez de repre-

sentaciones culturales que las orienten. Son por ello recurrentes las narraciones biográficas que nos hablan de una búsqueda, de un ir descubriendo y experimentando con prácticas y formas de aproximación sexual tentativas que involucran un gran componente de vulnerabilidad, miedos y riesgos subjetivos. Desde los bloqueos y la negación sexual iniciales hasta llegar a la desinhibición corporal y el desarrollo de vidas sexuales satisfactorias, media un camino más o menos largo de negociaciones individuales e interpersonales. En este itinerario, ocupa con frecuencia un lugar central, como venimos señalando, la aparición de una figura afectiva de confianza junto a la que explorar el campo erótico e impugnar, en un contexto de seguridad, ciertos mandatos culturales en torno a la sexualidad, el cuerpo y el género. Y esto tiene efectos directos en la autoaceptación corporal.

En el caso de Héctor, como en el de otros varones, ha sido importante incorporar progresivamente a su sexualidad de pareja el uso de la vulva sin sentir que por ello es menos hombre, proceso en el curso del cual ha reforzado su convicción de que la cirugía genital no es el único camino posible hacia la plenitud personal, corporal y sexual:

Estoy ahora mismo en un punto de mi vida en el que estoy completo: me cambié el nombre, estoy operado de pecho y también tengo la histerectomía, no tengo ovarios ni tengo nada. Tengo terapia hormonal desde hace muchísimos años y ya estoy completo, ya no voy a dar ningún paso más: no pienso operarme de faloplastia ni de genitoplastia, o sea, nada... estoy perfecto. También tiene que ver muchísimo que tengo una pareja estable y que he podido desarrollarme sexualmente con ella muy bien. [...] Antes, mis relaciones sexuales se resumían en: yo hago, pero no recibo nada. Ahora mismo sé lo que es una relación sexual sana y lo de antes era una puta mierda, era una mierda, y aparte, así es normal que yo no tuviera autoestima y no tuviera nada, es que el sexo lo es todo al final. [...] Con mi pareja, al principio [la sexualidad] no era sana tampoco, ha ido [mejorando] poco a poco con los años. Yo he empezado a quitar esos límites, yo también los tenía, pero sobre todo por lo que dice la sociedad. [...] La vida es solo una y este es el cuerpo que tengo, yo no voy a estar amargado toda mi vida sin saber lo que es un orgasmo, sin saber lo que es tener una relación divertida con mi pareja, y para mi pareja también, ¡qué sufrimiento para mis parejas! Que no me puedan tocar, no me puedan... no sepan hasta dónde [pueden llegar] [...] Me gustaría que todos los chicos acabaran con esos prejuicios [...] Porque las operaciones de resignación sexual son una masacre en nuestro caso, son una masacre, aparte son muy... no sé si decir muy machistas, muy falocentristas, o sea, lo único que quieren es ponerte un falo, pero no funcional, porque no te da sensación de nada, o sea solo tiene sensibilidad de frío y calor, y yo no quiero estar así. Tienes que renunciar a tu sexualidad para siempre, es una decisión muy importante. [...] Cada vez somos

más, cada vez somos muchos más los que sabemos que no hace falta (Héctor, 25 años).

El rechazo a la cirugía de modificación genital que plantea Héctor se debe, en buena medida, a las deficiencias (funcionales, sensitivas, estéticas) que percibe en las técnicas actuales de faloplastia, aunque no podemos perder de vista al escucharle que tal resistencia está motivada también por el reconocimiento feminista de que el pene no hace al hombre (Heyes, 2015: 200) y por su vivencia del placer. La observación de las limitaciones de estas cirugías genitales está llevando igualmente a otros jóvenes a reflexionar de forma compleja sobre la necesidad de habitar el cuerpo aceptando sus límites y sin renunciar a una sexualidad afirmativa. En estos procesos inciden muy positivamente las relaciones de pareja, como hemos visto, pero también otros factores: cierta información divulgada en Internet; las comunidades virtuales de jóvenes trans; el acompañamiento afirmativo de algunos sexólogos y psicólogos —así ocurrió en el caso de Giselle, por ejemplo, a quien su sexólogo le decía, para contrarrestar su fuerte sentimiento de disforia, *«que una relación no es solo sexo, que te puede gustar una persona, puedes tener un vínculo con esa persona, puedes hacer muchas cosas, que el sexo no solamente es genital»*—; o las redes de amistad y los grupos de autoapoyo de jóvenes trans que se organizan desde algunas asociaciones y centros de salud, en los que se intercambian experiencias y en cuyo seno se tiene la oportunidad de ampliar los horizontes de lo posible en el plano corporal y sexual desde el reconocimiento mutuo.

En el discurso de las chicas entrevistadas, en contraste, no he encontrado ninguna apuesta explícita por una opción genital no quirúrgica (es decir, el deseo de no someterse a una vaginoplastia); además, ha solido negarse (o al menos no verbalizarse) el disfrute sexual con los genitales de nacimiento. Ninguna de las entrevistadas se pronunció afirmativamente en tal sentido: en unos casos se sugería y en otros se afirmaba con claridad que el uso deliberado de sus genitales en las relaciones sexuales no era una opción. Esto puede tener que ver con las limitaciones de la muestra, aunque existen otras explicaciones. Por un lado, hay que considerar el impacto de las experiencias negativas, en forma de desprecios íntimos y violencias públicas, que muchas de ellas acumulan en razón de su condición trans, particularmente en el grupo de pares por parte de varones y en contextos de ligue. Por otro lado, concurren la presión que ejerce el modelo quirúrgico predominante y la necesidad de que sea tomada en serio su condición transexual por parte de los profesionales de la medicina y de sus propios entornos familiares y comunitarios, en los

que se suelen manejar estándares muy restrictivos y conservadores sobre lo que significa ser hombre o mujer. Esto lleva a que persistan la naturalización de la ortodoxia genital y el estigma hacia quienes deciden conservar su anatomía de origen, especialmente si se trata de mujeres: *«Siempre ha habido mujeres y hombres, una mujer con vagina y un hombre con pene [...] A mí la excusa de «tengo miedo» no me vale: si tú quieres ser feliz... Yo le tengo miedo a la operación, pero yo la quiero hacer y lo tengo claro. Pero clarísimo»* (Delia, 16 años)¹⁰. Por último, predomina la convicción de que la cirugía genital resulta más exitosa para las mujeres que para los varones, por lo que ellas no afrontarían los obstáculos objetivos con los que sí que se encuentran los hombres trans para modificar sus genitales. De tal modo, *«la construcción identitaria y corporal de las personas trans está estrechamente vinculada con el avance y disponibilidad de las tecnologías médicas»* (Mas, 2014: 300). Sea como sea, estos posicionamientos negativos respecto a los genitales no han conllevado necesariamente una renuncia ni a la pareja ni al disfrute sexual por parte de todas las jóvenes entrevistadas; como veíamos más arriba en las palabras de la propia Delia o de Sandra, el placer era también reivindicado por ellas mediante la exploración de vías alternativas a la genital para alcanzarlo.

Rompiendo con la heteronormatividad y con la masculinidad hegemónica

Junto al modelo de sexualidad conyugal, que va dando sentido y plenitud a la biografía íntima por medio de la pareja estable, es posible identificar también en otras de las personas entrevistadas un modelo de «red sexual» en el cual son los vínculos del sujeto con múltiples parejas sexuales (pasadas, presentes y futuras) los que tejen el sentimiento de existencia social y personal (Bozon, 2013: 105). En este marco de redes relacionales, la pluralidad de orientaciones sexuales y su independencia con respecto del hecho de ser o no trans han emergido con claridad, así como las relaciones afectivas y sexuales mantenidas entre personas trans, que tampoco son

10. Es previsible que el imaginario corporal transgénero que se ha empezado a diseminar en el contexto español contribuya a aligerar estas limitaciones y estigmas en el futuro. La diversidad corporal trans en la infancia y la juventud está cobrando visibilidad pública en los últimos años debido, entre otros agentes, a la labor de autorrepresentación llevada a cabo por una parte de la juventud en sus canales de comunicación y al asociacionismo de las familias de «menores transexuales». Este último ha dado lugar a campañas publicitarias y materiales educativos articulados en torno a la idea de que existen «niñas con pene» y «niños con vulva» (Asociación Chrysalis Euskal Herria, 2016).

infrecuentes. En el siguiente relato de las experiencias múltiples de Arturo, que se identifica como bisexual¹¹, es posible rastrear algunos hitos que han marcado la construcción de su sexualidad y de su masculinidad, al tiempo que se vislumbra el peso de las clasificaciones sexuales convencionales y la capacidad de las personas trans para, según los casos, reafirmarlas o ponerlas en cuestión:

Puedo estar perfectamente con chicos, es más, ya he estado con chicos y sin problemas ningunos, superbien, suelen reaccionar bastante bien, dependiendo también de qué tipo de chico homosexual sea: si es, por ejemplo, un chico bisexual o un gay versátil o activo, suelen reaccionar mejor, los pasivos como que se piensan que por no tener miembro no vas a poder ocupar el papel dominante a la hora de mantener relaciones, y no tiene que ver una cosa con la otra, pero allá ellos, ellos se lo pierden. [...] Y de chicas sí me he llegado a enamorar, de chicos todavía no, porque los chicos yo siempre los he tenido al otro lado de la puerta. [...] Pero lo mejor es no enamorarse ni de chicos ni de chicas, que enamorarse es horrible, horrible. [...] Y también entre transexuales también puede llegar a haber sentimientos. Yo estuve con una chica transexual. Y llegamos a ser pareja y a mantener relaciones sexuales sin problemas, porque hay chicos trans que para ellos [la penetración vaginal] es un poco tabú, en plan de: «No, aquí dentro no entra nada» y es zona prohibida, pero [con esta chica trans], como yo la veía como una chica, pues con ella sí fluyó la cosa y perdí la virginidad con ella. Pero si ahora estoy con otros tíos, nanai de la China, ahí no entra nada. Se lo tienen que ganar. Tengo que sentir yo mucho por una persona para poder llegar a eso (Arturo, 23 años).

Las palabras de Arturo sugieren que lo que importa no son las prácticas sexuales en sí mismas, sino el modo en el que se significan desde el punto de vista del género y de las relaciones de poder (que son el género mismo): ser penetrado por una mujer trans no supone un problema para él, precisamente porque se trata de una mujer; ser penetrado por otro hombre, en cambio, aparece como algo más problemático que requiere, por tanto, de mayores precauciones y de un proceso previo de confianza mutua: «*Se lo tienen que ganar*». Por otra parte, se señala que la ausencia de pene en la pareja sexual supondría un problema para algunos chicos gais, pues se vincula con la imposibilidad de ser domina-

11. En los últimos tiempos están emergiendo y difundiéndose nuevos términos, como el de *pansexualidad*, para nombrar las orientaciones del deseo que rompen con el carácter dicotómico de la matriz heterosexual y que podríamos aplicar al caso de Arturo. Este término busca superar la dicotomía homosexual/heterosexual pero también la dualidad implícita en el término *bisexual*. «*La pansexualidad es una forma de superar eso y un reconocimiento personal de que hay atracciones a todo lo largo de la gama de géneros*», incluyendo la atracción hacia los hombres, las mujeres, las personas transgénero o las personas intersexuales (Grinberg, 2015).

dos sexualmente por su pareja —algo que Arturo cuestiona—, aunque para otros no lo supondría, porque son ellos los que adoptan un rol de dominio activo. Lo que marca la diferencia, en todo caso, no son las prácticas sexuales ni los atributos corporales en sí mismos, sino los roles, los significados y las formas de actuar *en tanto que* hombre o mujer, activo o pasivo, dominante o dominado; es decir, la dramaturgia de la acción.

Es pertinente en este punto la teorización de la sexualidad que propusieron Gagnon y Simon (2011) en torno al concepto de los «guiones sexuales». De acuerdo con estos autores, no existiría un estado natural de la sexualidad humana: «*Ningún acto sexual podría producirse, ni siquiera una masturbación solitaria, si no existieran producciones sociales y mentales, bajo la forma de guiones, en las que los actos, las relaciones y los significados de la sexualidad se ponen en relación y se organizan en secuencias*». A través de tales esquemas los individuos damos sentido sexual a sensaciones, situaciones, intenciones y estados corporales al tiempo que construimos nuestro deseo (Bozon, 2013: 100-101). Estos guiones, aunque dibujan los límites de lo posible y de lo pensable en el plano de la sexualidad, están sometidos a reinterpretaciones, reformulaciones e innovaciones constantes. En el ámbito de las sexualidades trans que estamos analizando aquí, los límites de lo aceptable se están renegociando en los últimos tiempos a gran velocidad —individual y colectivamente—, dando lugar a nuevas construcciones de la sexualidad y del deseo que, como es lógico, entran con frecuencia en conflicto con los guiones heredados. Siguiendo a Plummer (2011: xviii-xix), en esta era «posmoderna» o «posparadigmática» —momento histórico caracterizado por la individuación, la pluralización y la multiplicidad de opciones sexuales hasta ahora desconocidas—, la rapidez en los cambios sociosexuales se ha convertido en una condición normal, también en el mundo trans, como ilustra Héctor:

Antes, pensar en la posibilidad de un chico trans gay, dentro del mismo colectivo era impensable, era como: «*No puede ser, ¿cómo te va a gustar un pene? ¿Cómo va a ser eso, si eso es de mujer?*». [Pero] eso ha ido cambiando muchísimo. A día de hoy la gente es superabierta y también es superabierta con su propia sexualidad. Anteriormente era tabú que tú pudieras tener un orgasmo tocándote [la vulva] o penetrándote o lo que fuera, [...] era imposible. Hoy en día está mucho más normalizado y es gracias a chicos como yo [que hablamos de ello abiertamente] (Héctor, 25 años).

En efecto, en la emergencia de estos nuevos modelos y formas de vivir la sexualidad (que cuestionan las dicotomías convencionales), está

resultando esencial la voz individual de algunas personas trans que, como Héctor, están colectivizando sus prácticas y sus deseos (en el seno de sus asociaciones activistas, en sus grupos de amistad, en sus canales de YouTube) y están produciendo nuevos referentes a través de la toma de la palabra y la autorrepresentación (Cornell, 2001).

En el caso de los varones entrevistados, las innovaciones en materia de sexualidad han ido inevitablemente de la mano de discursos y prácticas críticas respecto al género. Aunque la autoconstrucción corporal y comportamental viril según patrones convencionales (e incluso machistas) sigue vigente para una parte de ellos —algo que se evidencia, por ejemplo, cuando se analiza el contenido de ciertos canales de YouTube (Raun, 2015)—, resulta significativa la crítica explícita de la masculinidad hegemónica (Connell, 1995) que cada vez más jóvenes trans están llevando a cabo. Desde estas posiciones, que en algunos casos se reivindican como feministas, se están proponiendo y encarnando otras formas de ser hombre cercanas al paradigma transgénero y a la teoría *queer*. Hugo, por ejemplo, mostraba su incomodidad con el concepto tradicional de *varón* y reflexionaba sobre la dimensión relacional de su identidad de género, entendiéndola como un entramado dinámico de *identificaciones* (Brubaker y Cooper, 2000) mucho más que como una *identidad* en sentido fuerte:

Yo al principio no me quería sentir como un hombre, de hecho, no me sentía para nada identificado con la palabra «hombre», me parecía, y me sigue pareciendo, demasiado grande para mí, me sobra palabra por todos lados... no solo porque yo sea chiquitito sino porque me parece una palabra de mucho peso. Con unas connotaciones muy uffff... Yo al principio me identificaba más como una persona transgénero, que divagaba de un género a otro, estaba más como por el medio. [Y] sigo percibiéndome muchas veces más en el medio [...] Respeto todo tipo de opiniones [aunque] a mí no me suelen respetar porque voy muy en contra de eso, del binarismo, del blanco-negro. Y sí que hay días, hay veces, que el entorno hace que te percibas más en masculino o más en femenino, no sé, yo, depende de la persona con la que esté hablando, depende de cómo me perciba esa persona, eso me puede hacer a mí un efecto rebote y percibirme a mí mismo de otra forma (Hugo, 25 años).

Por otra parte, varios de los informantes han manifestado que, debido a sus rasgos suaves, a su apariencia, su voz, su gestualidad... son percibidos frecuentemente como chicos gays amanerados. Y en todos los casos han mostrado una aceptación cómplice de ese etiquetaje. Este sentirse cómodos en una masculinidad *con pluma* guarda relación con las opresiones experimentadas desde el otro lado, es decir, desde su socialización femenina anterior al proceso de tránsito, y con una toma de con-

ciencia acerca de la violencia que entraña la masculinidad hegemónica. El activista trans Pol Galofre ha apostado públicamente, en esta línea, por el *amariconamiento* como estrategia feminista en el proceso de construcción de su identidad social. Y ello para evitar la complicidad con una masculinidad agresiva que le dañó en la etapa en la que era percibido como mujer:

Yo he vivido el machismo en mis propias carnes. Sé lo que es estar en una asamblea, decir algo, y que tu palabra no cuente. Y que un compañero después diga exactamente lo mismo y todo el mundo le aplauda. Sé lo que es que, con 11 años, te agreden sexualmente. A mí me han agredido sexualmente. Sé lo que es que te toquen el culo en el autobús. Sé lo que es que te toquen las tetas en el metro. Sé lo que es que te enseñen la polla por la calle. Pero ahora ya no me tocan. Eso ha dejado de pasar.

Pese a que las violencias sexuales han dejado de acecharle desde que es percibido como un hombre, el machismo le sigue afectando y no se siente cómodo en las consignas y rituales masculinos. Vale la pena detenernos de nuevo en su relato, que se sitúa ahora en una escena de playa vivida tiempo atrás con otros jóvenes:

Era una competición constante entre ellos para ver quién corría más con la moto, quién había ligado con más chicas ese fin de semana... y hubo un momento, de hecho, en el que uno de ellos sacó unos prismáticos e hizo la broma de que iba a mirar a las chicas en *topless* de la playa y todos se rieron y lo aplaudieron. Y había un chaval en el grupillo que estaba así como yo, que tampoco estaba muy cómodo. A él lo llamaban maricón. [...] He estado en muchos espacios solo de tíos y cada vez que estoy en uno de esos espacios crece en mí una cierta rabia y una cierta frustración. Siento como una frustración y me vuelvo como más feminista. Y me ha hecho pensar también ¿qué tipo de chico voy a ser?, ¿o qué tipo de masculinidad tengo que tener? Si quiero tener esa con la que no estoy nada de acuerdo y esa masculinidad que yo mismo he sufrido tanto tiempo o si quiero tener otra. Entonces yo tomé una decisión consciente de amariconarme. Sin que tenga que ver nada con la orientación sexual o lo que fuera, simplemente una expresión de género más. Decidí, habiendo sido siempre una tipa súper masculina y súper machorra, decidí cambiar eso. Decidí ponerme un pendiente en la oreja, sonreír muchísimo, gesticular, cerrar las piernas... Bueno, pues tener dejés afeminados, sin que eso haga que sea menos hombre. (Pol Galofre, en PlayGround, 2017).

Como podemos comprobar aquí, género y sexualidad se entrelazan de manera compleja en la construcción de la persona pese a que a menudo los manejamos como categorías analíticas artificialmente separadas (Valentine, 2007). Por otra parte, la opción del *amariconamiento* como

estrategia política es la expresión de una búsqueda que cada vez más jóvenes trans están emprendiendo: la búsqueda de caminos alternativos para sortear los contenidos clásicos de la masculinidad hegemónica, caracterizada por la fuerza, la competitividad, la contención, la autosuficiencia, el riesgo o el ejercicio del poder y la violencia. Valores estrechamente conectados con la práctica cotidiana del sexismo y con el hostigamiento sexual hacia las mujeres.

Conclusiones

Hemos visto en este artículo que la sexualidad, el deseo y la corporalidad de las personas trans jóvenes se construyen y experimentan en la encrucijada entre los modelos culturales disponibles, las prescripciones del sistema médico y legal, los intercambios y violencias que se producen entre los pares, los nuevos referentes teórico-políticos y las innovaciones (individuales y colectivas) que se están desplegando desde posicionamientos crecientemente feministas. Ante este escenario de continuidades y cambios, apuntaremos hacia tres conclusiones que pueden resultar movilizadoras. La primera de ellas es que los cuerpos trans se están revelando cada vez con más fuerza entre las personas jóvenes (en el plano íntimo y también en la esfera pública) como cuerpos tan deseantes, deseables y deseados como los demás. Esto, en línea con lo planteado por Galofre y Missé (2015: 27), podría contribuir a aligerar en el futuro la presión disfórica que soportan las personas trans: «*Cuanto más cuerpos sean posibles, habitables y deseables, menor será la necesidad radical de modificarlos que sienten muchas personas*». La segunda conclusión es que las vivencias afirmativas de la afectividad y la sexualidad emergen en las biografías como factores de empoderamiento altamente eficaces a nivel psicológico, corporal y relacional, lo que anima a orientar la investigación con jóvenes trans (y la intervención social) no solo hacia los lados oscuros del malestar, la opresión y la violencia en clave victimizadora, sino también hacia «*las posibilidades del placer como motor para la transformación social*» (Muelas, 2018: 283). La tercera, por último, es que las novedosas reflexiones y prácticas críticas en torno al cuerpo, la sexualidad y el deseo que está llevando a cabo una parte de la juventud trans apuntan, cada vez más, hacia la impugnación de la heteronormatividad y de la masculinidad patriarcal, entendidas estas como dos de las raíces de las violencias sexuales y sociales que dañan a las personas que no encajan en los patrones de género normativos y, de forma más amplia, a las mujeres.

Referencias bibliográficas

- Alameda, A. (2015). Malestares en el margen. Sujetos y tránsitos en la Fibromialgia, el Síndrome de Fatiga Crónica y la Sensibilidad Química Múltiple. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Madrid.
- APA – American Psychiatric Association. (2013). *DSM-5. Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders (Fifth Edition)*. Washington, D.C.: American Psychiatric Publishing.
- APA – American Psychiatric Association. (2000). *Diagnostic and statistical manual of mental disorders (4th ed. rev.)*. Washington, D.C.: American Psychiatric Association.
- Araneta, A. (2013). Transfronteras: Un nuevo activismo mundial por la despatologización trans. En *Transsexualidad, adolescencias y educación. Miradas multidisciplinares*. O. Moreno y L. Puche, Eds. Madrid: Egales.
- Asociación Chrysalis Euskal Herria (2016). *Chicos y chicas, identidad y cuerpo. Material didáctico*. Chrysalis Euskal Herria y Red Loratuz. En <https://chrysalis.org/>.
- Benítez, E. (Coord.) (2016). *Cyberbullying LGBT-fóbico. Nuevas formas de intolerancia*. Madrid: COGAM.
- Bozon, M. (2013). *Sociologie de la sexualité*. Paris: Armand Colin.
- Bungener, S.L.; Steensma, T.D.; Cohen-Kettenis, P.T. y de Vries, A.L.C. (2017). Sexual and Romantic Experiences of Transgender Youth before Gender-Affirmative Treatment. *Pediatrics*, 139(3). DOI: 10.1542/peds.2016-2283.
- Brubaker, R. y Cooper, F. (2000). Beyond Identity. *Theory and Society*, 29: 1-47.
- Butler, J. (1996). Gender as performance. En *A Critical Sense. Interviews with Intellectuals*. P. Osborne, Ed. London: Routledge.
- Coll-Planas, G. (2010). La policía del género. En *El género desordenado. Críticas en torno a la patologización de la transsexualidad*. M. Missé y G. Coll-Planas, Eds. Madrid: Egales.
- Coll-Planas, G.; Bustamante, G. y Missé, M. (2009). *Transitant per les fronteres del gènere: Estratègies, trajectòries i aportacions de joves trans, lesbianes i gais*. Barcelona: Secretaria de Joventut – Generalitat de Catalunya.
- Connell, R.W. (1995). *Masculinities*. California: University of California Press.
- Cornell, D. (2001). *En el corazón de la libertad. Feminismo, sexo e igualdad*. Madrid: Cátedra.
- Del Olmo, M. (2003). La construcción de la confianza en el trabajo de campo. Los límites de la entrevista dirigida. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LVIII(1): 191-220.
- Del Valle, T. (2012). Un ensayo metodológico sobre la mirada en la Antropología Social. *Gazeta de Antropologia*, 28(3): artículo 10.
- Esteban, M.L. (2011). *Crítica del pensamiento amoroso*. Barcelona: Bellaterra.
- Esteban, M.L. (2004). *Antropología del cuerpo*. Barcelona: Bellaterra.
- Fernández, I. (2018). El peso del adultocentrismo en el «amor adolescente». En *Etnografías feministas. Una mirada al siglo XXI desde la antropología vasca*. M.L. Esteban y J.M. Hernández, Eds. Barcelona: Bellaterra.
- Gagnon, J. y Simon, W. (2011) [1973]. *Sexual Conduct. The Social Sources of Human Sexuality*. Chicago: Aldine.

- Gallardo, E. y Espinosa, M. (2021). Sobre la imposición del sistema género y la transfobia: Historias de niñxs crativxs con el género y jóvenes trans*. *OBETS. Revista de Ciencias Sociales*, 16(1): 115-134. DOI: 10.14198/OBETS2021.16.1.08.
- Galofre, P. y Missé, M. (2015). Introducción. En *Políticas trans. Una antología de textos desde los estudios trans norteamericanos*. P. Galofre y M. Missé, Eds. Madrid: Egales.
- Gergen, K.J. (2007). *Construccionismo social, aportes para el debate y la práctica*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Grinberg, E. (2015). ¿Qué significa ser pansexual? *CNN*. Recurso electrónico en: <http://cnnespanol.cnn.com/2015/11/09/que-significa-ser-pansexual/>.
- Heyes, C. (2015). Solidaridad feminista tras la teoría *queer*: el caso trans. En *Políticas trans. Una antología de textos desde los estudios trans norteamericanos*. P. Galofre y M. Missé, Eds. Madrid: Egales.
- Katz-Wise, S.L.; Ehrensaft, D.; Veters, R.; Forcier, M. y Austin, B. (2018). Family Functioning and Mental Health of Transgender and Gender-Nonconforming Youth in the Trans Teen and Family Narratives Project. *The Journal of Sex Research*, 55: 582-590. DOI: 10.1080/00224499.2017.1415291.
- Maquieira, V. (2010). Sistema de género: innovación del conocimiento para el progreso en igualdad. En *Revista Internacional de Estudios Vascos*, 7: 151-175.
- Mas, J. (2014). Subjetividades y cuerpos gestionados. Un estudio sobre la patologización y medicalización del transgénero. Tesis doctoral. Universidad de Barcelona.
- Mejía, N. (2006). *Transgenerismos*. Barcelona: Bellaterra.
- Meyer, E. y Pullen-Sansfaçon, A. (Eds.) (2014). *Supporting Transgender & Gender Creative Youth. Schools, Families and Communities in Action*. New York: Peter Lang.
- Missé, M. (2018). *A la conquista del cuerpo equivocado*. Madrid: Egales.
- Missé, M. (2013). *Transsexualidades. Otras miradas posibles*. Madrid: Egales.
- Modrego, I.; Hurtado, F.; Gómez, M.; Sánchez, M.R.; Salazar, J.D. y Morillas, C. (2020). Demanda, psicopatología, calidad de vida, autoestima y personalidad en personas transsexuales adolescentes y adultas jóvenes atendidas en una unidad de referencia en identidad de género en España. *Psicosomática y psiquiatría*, 13: 20-32.
- Muelas, L. (2018). Una mirada a las fiestas desde la antropología feminista: el placer como proceso creativo y espacio político. En *Etnografías feministas. Una mirada al siglo XXI desde la antropología vasca*. M.L. Esteban y J.M. Hernández, Eds. Barcelona: Bellaterra.
- Nieto, J.A. (2008). *Transsexualidad, intersexualidad y dualidad de género*. Barcelona: Bellaterra.
- Núñez, E. (2003). La transexualidad en el sistema de géneros contemporáneo: del problema de género a la solución del mercado. En *Sociología de la sexualidad*. O. Guasch y R. Osborne, Eds. Madrid: siglo XXI.
- Ortega, E.; Romero, C. y García-Dauder, S. (2006). Transformaciones tecno-científicas de cuerpos, sexos y géneros. Comunicación presentada en *VI Congreso Iberoamericano de Ciencia, Tecnología y Género*. Universidad de Zaragoza, 10-15 de septiembre de 2006.
- Pezzutto, S. y Comella, L. (2020). Trans Pornography. Mapping an Emerging Field. *TSQ: Transgender Studies Quarterly*, 7(2): 152-171. DOI: 10.1215/23289252-8141985.

- Pichardo, J.I. (2009a). *Entender la diversidad familiar. Relaciones homosexuales y nuevos modelos de familia*. Barcelona: Bellaterra.
- Pichardo, J.I. (2009b). Homofobia y acoso escolar. En *Adolescentes ante la diversidad sexual*. J.I. Pichardo, Ed. Madrid: Catarata.
- Platero, R. (L.) (2014a). La agencia de los jóvenes trans* para enfrentarse a la transfobia. *Revista Internacional De Pensamiento Político*, 9: 183-193.
- Platero, R. (L.) (2014b). *Trans*sexualidades. Acompañamiento, factores de salud y recursos educativos*. Barcelona: Bellaterra.
- Playground (2017). *Pol Galofre: Este chico sufrió el machismo en sus carnes*. Narración audiovisual accesible en: <https://www.youtube.com/watch?v=NR2C6JwLXSE>.
- Plummer, K. (2011). Foreword: Permanence and Change. *Sexual Conduct - Thirty Years On*. En *Sexual Conduct. The Social Sources of Human Sexuality*. J. Gagnon y W. Simon. Chicago: Aldine.
- Puche, L. (2018). Infancias y juventudes trans. Una aproximación desde la Antropología Social. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Madrid.
- Puche, L.; Moreno, E. y Pichardo, J.I. (2013). Adolescentes transexuales en las aulas. Aproximación cualitativa y propuestas de intervención desde la perspectiva antropológica. En *Transexualidad, adolescencias y educación. Miradas multidisciplinares*. O. Moreno y L. Puche, Eds. Madrid: Egalet.
- Pullen-Sansfaçon, A.; Temple-Newhook, J.; Suerich-Gulick, F.; Feder, S.; Lawson, M.L.; Ducharme, J.; Ghosh, S.; Holmes, C. y On behalf of the Stories of Gender-Affirming Care Team (2019). The experiences of gender diverse and trans children and youth considering and initiating medical interventions in Canadian gender-affirming speciality clinics. *International Journal of Transgenderism*, 20: 371-387. DOI: 10.1080/15532739.2019.1652129.
- Pyne, J. (2017). "Arresting Ashley X: Trans Youth." Puberty Blockers and the Question of Whether Time is on Your Side. *Somatechnics*, 7(1): 95-123.
- Ramón, F. (2017). *Menor y diversidad sexual. Análisis de las medidas de protección en el ordenamiento jurídico español para la identidad de género*. València: Editorial de la Universitat Politècnica de València.
- Raun, T. (2015). Archiving the Wonders of Testosterone via YouTube. *TSQ: Transgender Studies Quarterly*, 2(4): 701-709. DOI: 10.1215/23289252-3151646.
- Rebucini, G. (2013). Masculinités hégémoniques et sexualité entre hommes au Maroc. *Cahiers d'études africaines*, 209-210: 387-415.
- Richard, G. y Chamberland, L. (2014). Violences homophobes, violences transphobes: le double jeu du genre au milieu scolaire. En *Tableau noir: Les transidentités et l'école*. K. Espinera, M. Thomas y A. Alessandrin, Eds. Paris: L'Harmattan.
- Rubin, G. (1986) [1975]. El tráfico de mujeres: notas sobre la «economía política» del sexo. *Nueva Antropología*, VIII(30).
- Sinclair-Palm, J. (2018). Conceptualizing Sexuality in Research about Trans Youth. En *The Cambridge Handbook of Sexual Development: Childhood and Adolescence*. S. Lamb y J. Gilbert, Eds. Cambridge: Cambridge University Press.
- Soley-Beltran, P. (2009). *Transexualidad y la matriz heterosexual. Un estudio crítico de Judith Butler*. Barcelona: Bellaterra.

- Stryker, S. (2008). *Transgender History*. Berkeley: Seal Press.
- Suess, A. (2018). Derechos de las personas trans e intersex revisión del marco legislativo en el contexto español desde una perspectiva de despatologización y derechos humanos. *DS: Derecho y salud*, 28(Extra 1): 97-115.
- TGEU (2020). *Trans Rights Europe and Central Asia Map & Index 2020*. En <https://tgeu.org/trans-rights-europe-central-asia-index-maps-2020/>.
- Valentine, D. (2007). *Imagining Transgender. An Ethnography of a Category*. Durham: Duke University Press.
- Vartabedian, J. (2012). Geografía travesti: cuerpos, sexualidad y migraciones de travestis brasileñas (Rio de Janeiro-Barcelona). Tesis doctoral. Universidad de Barcelona.
- Vörös, F. (2015). Les usages sociaux de la pornographie en ligne et les constructions de la masculinité. Tesis doctoral. Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de Paris.
- Ware, N.C. y Kleinman, A. (1992). Culture and Somatic Experience: The Social Course of Illness in Neurasthenia and Chronic Fatigue Syndrome. *Psychosomatic Medicine*, 54: 546-560.

